

**ZARANDAJAS, María de Zayas Sotomayor**  
**Maruxa Duart Herrero**

[Se abre el telón, y alguien vestido a guisa de cervantes aparece en medio del escenario con su gargantilla, puñetas, medias blancas, capa, y gancho que pende del muñón de un brazo. El espacio es un gran salón, con una gran Lámpara en medio, tapices colgados en las paredes, y algún mueble auxiliar, es la sala de recepción de invitados. Los vestuarios de los personajes de la época. Música auxiliar leve de época. María Zayas pasea por la estancia, Don Marcos y el resto van apareciendo uno detrás de otro al escenario]

**Personajes: María Zayas, Don Marcos, Juana Inés de la Cruz, Socarrón, Isidora, el sobrino de Isidora, criada Inés, desconocido y voz en off.**

**MARÍA ZAYAS:** María de Zayas Sotomayor nació en Madrid el año en 1590, esa soy yo. Mis padres, pertenecientes a la nobleza menor, sirvió mi progenitor, capitán de infantería, al Conde de Lemos entre continuos traslados pues, el de Nápoles fue nombrado virrey y allí fuimos. Doy gracias a ello ya que allí obtuve conocimientos de gentes y otras. Fueron mis años cercanos a los de Miguel de Cervantes. Del maestro tomé el ingenio para trazar perfiles. No toleré injusticias y las denuncié en tono bien indignado con mi pluma aderezada, según alguien, con recio orgullo femenino por la fuerte independencia de mi alma. En mi escritura, no resté imágenes escabrosas ni mermé mi gusto, del cual hay quien opinó entonces que era morboso, violento o cruel, magia ni encantamientos. Mostré en mis textos lo que se derivade la pasión, para mí: opresión, engaño, miseria y quizá escarmiento, Juzguen ustedes].

**VOZ EN OFF:** ¡Tra,tra,tra,tra,tra,tra,ta,tra,ta,ra,tra! Se escucha un taconeo profundo y leve de fondo, alguien, que no se ve, avisa: ¡Hay mujeres que terminan mal por su liberalidad! [Puede cruzar el escenario alguien que se frota la mano, avieso]. María Zayas inquieta, chal por delante, a paso de cuplé responde:

**MARÍA ZAYAS:** ¡Por entregarse a asnos que no debieran! [Se escuchan palmas de flamenco cortas]. ¡Peor acaban las que preservan honra y virtudes! ¡Esas ni viven!

**DON MARCOS:** Llámeme burro, pero lo que yo quiero es encontrar mujer tonta y honrada.

**MARÍA ZAYAS:** Como rucio que sois, espero no haya enojo por ello pues ya que así lo reconocéis, os digo que lo vuestro son bordoncillos y muletillas que se derivan de vuestra poca crianza. Puede que mejor haría en callarme y se impusiera el perpetuo silencio más no callaré sino hablaré. «¿Cómo sabrá ser honrada la que no sabe en qué consiste el serlo?» - preguntó sor Juana Inés de la Cruz al galán Lisis.

**DON MARCOS:** Larga sois.

**MARÍA ZAYAS::** Y vos necio. Las mujeres, seamos trabazón de fuego y barro o espíritus no tenemos menos nobleza, ya que nacemos y estamos hechas de la misma la sangre que otros. Las almas, don Marcos, no son hombres ni mujeres. Ni unos somos sabios y otras leerdas. No hay que ofender y retirar de los libros a las mujeres por razón de serlo.

**DON MARCOS:** La mujer y los libros no cuadran, no. [Reflexivo, camina por el amplio salón con las manos atrás, vestido a usanza.]

**JUANA INÉS DE LA CRUZ:** ¿Quién lo dice?

**DON MARCOS:** Lo digo yo, pero es que lo dicen la tradición y los usos.

**JUANA INÉS DE LA CRUZ:** Las mujeres somos muchas doctas, queráis o no. La desafección y el miedo no son sino impiedad y tiranía, y la excusa para encerrarnos. Pero ya sabéis usted que a la mujer no se la encierra nunca, no.

**DESCONOCIDO:** [Un recién llegado con bombín y bigote fino, un pimpollo arrogante de traje y pantalones ajustados entra en escena. Suena el taconeo y las palpas junto al sonido] ¡Tra,tra,tra,tra,tra,tra,ta,tra,ta,ra,tra! Las mujeres valen para lo que valen. ¡Letras y trivios no van con ustedes!

**DON MARCOS:** ¡Señores, *que callen barbas y hablen* sus pujos! [Se hace un silencio]

**DESCONOCIDO:** ¿Qué os pasa? [El desconocido se acerca irónico] ¿Habéis quedado muda ahora?

**MARÍA ZAYAS:** [Igualmente en tono mordaz] Como ciega.

**DON MARCOS:** ¿Qué os aflige? ¿Acaso un qué se yo dentro del alma?

**MARÍA ZAYAS:** Fuego es lo que tengo. Os relataré de la inteligencia de las mujeres, en una historia, que en un librito que ha mucho edité: Fue el caso que un tal don Marcos, alguien con quien guarda usted gran apariencia, espero que no se lo tome a mal. [Pausa y brazos cruzados. Lo mira de reojo]. Como iba diciendo, un pobre hijodalgo había juntado a la edad de treinta años, sirviendo a un amo, seis mil ducados, seis mil ducados [con sorna] que aquel le había hurtado en salud a su cuerpo.

[Aparece en escena un usurero, taimado de manos largas y uñas afiladas, nariz aguileña, vestido con sayón largo y capucha.] El tal Don Marcos no se separaba nunca de sus dineros a causa de las manotadas de zorro que daban los genoveses. [Para en medio del escenario y mira al público]. Siendo que don Marcos no tenía fama de jugador ni de amancebado y, que cada día se le ofrecían varias ocasiones de casarse, por considerarlo las mujeres guardoso y buen partido, él regateaba el amor a todas, temiendo algún mal suceso, pues no se fiaba de nadie.

[Suena música de castañuelas, taconeado y tracatracatracatra...]

Topó un día con un gran socarrón [haciendo un aparte con las manos en la boca a, guiño al público]e, enténdase de los que no tienen vergüenza. Un tratante no sólo de casamientos, sino de todas las mercaderías, tratante en gruesos paños y mejores bolsos, pero no sólo de eso. Pues también entendía y se metía en arreglos de otra índole.

El socarrón increpó a don Marcos que a sus 30 años no hubiera casado y tras haberle menguado, le susurró al oído acerca del recato, honradez, viudez y posesiones de una señora en cuestión, a la que dotó de mil albricias y cualidades. Don Marcos, atribulado por la reflexión, pues nada había hecho en esta vida más que servir a su amo, trabajar, penar, y ahorrar sin probar manjares más que pan y algún pedazo de tocino que llevarse a la boca, consintió en que el casamentero le presentase en visita a la tal doña Isidora, incluso consintió en ir a verla.

[Suena música de castañuelas, taconeado y tracatracatracatra...]

Lo recibió un mozo galán, desenvuelto y bien entendido que picaba en pícaro, al cual doña Isidora regalaba, a título de sobrino, empanadas y hermosas tortadas, sabroso pernil y fruta fresca y gustosa, acompañado todo con el licor del santo remedio de los pobres, que engullían a bocados doña Isidora y su sobrino.

Al baúl vacío de ropas del buen don Marcos, le impresionó la galanura de los vestidos de la doña que, aunque parecía haber traspasado los treinta no lo aparentaba, la casa con sus tapices y ornamentos refinados, donde no faltaban los manteles y cubiertos de plata.

[Suena música de castañuelas, taconeado y tracatracatracatra...]

El casamentero, al verlo medio alelado y aturdido ante tantos brillos, se dio prisa. Se negociaron capitulaciones acompañadas de castañuelas y esa misma noche hubo casamiento, ante un tal Gamara que dijo ser notario, si bien más parecía más lacayo que otra cosa. [Pausa, silencio y músicas]

Se hicieron las escrituras y conciertos, [Pausa, y se dirige al público] poniendo doña Isidora en la dote doce mil ducados y la casa. [Pausa, da la espalda al público y luego, rápido da de nuevo la vuelta para proseguir contando la historia.]

Como don Marcos era hombre tan sin malicias no se metió en más averiguaciones. Llegó la hora de recogerse, más ella con muy honesto recato dijo que no había de poner hombre el pie en el casto lecho, que fue de su difunto señor, mientras no tuviese las bendiciones de la Iglesia. Como era don Marcos de los sanos de Castilla, sencillo como un tafetán de la China, tuvo por bien irse a dormir a su casa.

Se sucedieron tres días de fiesta, tras los cuales, acudieron las desgracias. [Insertar escenas mudas de lo que ocurre a continuación entre los personajes] A don Marcos se le humilló su condición de miseria, y el pobre sacó fiado los seis mil ducados que tenía ahorrados para la compra de un rico vestido y faldellín para su esposa, haciendo cuenta de que con ello cumplía con el acertamiento de haber hallado una mujer de tan buen parecer y tan rica pues, aunque la doña era de más edad que el novio lo disimulaba de largo, de suerte que era milagro de verla por ir tan bien aderezada.

Llegada la tercera noche, dio el sobrino a doña Isidora tantas caricias que casi dio celos al recién desposado. Cuando al fin llegó la noche y el tal don Marcos se acostó con su esposa pensando hallar en la cama a su valiosa y hermosa mujer, no halló sino un fantasma, imagen de la muerte que encubría con el afeite, los dientes esparcidos por la cama.

[Suena música de castañuelas, taconeado y tracatracatracatra...]

Mofábanse, partiéndose de risa abajo las dos criadas y no menos el sobrino que no era otro que un gañán amante regalado de la doña que pronto se consoló con una de las supuestas criadas. [Salen a escena, ríen, muestran mofa y se largan. Suena música de castañuelas, taconeado y tracatracatracatra...]

Y Como las desgracias no vienen solas se presentó pronto en la mañana un almirante reclamando la plata de la casa, luego otro el alquiler de la hacienda, y aún otro demandando los dineros por los vestidos alquilados. Don Marcos se quebró la cabeza en vano, ciego de pasión y de cólera. Empezó a decir y hacer cosas como hombre fuera de sí, mientras ya cierto de lo que pasaba, se quejaba de tal engaño prometiendo que había de poner pleito de divorcio.

A lo cual la doña Isidora, pizpireta y alertada, le dijo por amansarle que antes merecía ella gracias que ofensa.

Aún el crédulo y buen don Marcos aceptó los llores de la recién casada, quien alegaba que los bienes la fortuna los da y los quita.

[Suena música de castañuelas, taconeado y tracatracatracatra...]

¿Qué podía don Marcos hacer aquí, callar o ahorcarse? Salió esa noche a mudarse a su casa y fue entonces que los cuatro pícaros, la doña, el postizo galán, sobrino y las dos compinches de las criadas, acercaron a la casa un carro, y sin saberlo el miserable, rostrituerto y muerto de hambre hijodalgo, don Marcos; metieron platas, vestidos nuevos, avíos como platos con ribetes de oro, ollas, muebles y ornamentos en un carro, camino de Barcelona desde Madrid.

[Suena música, se escucha lío de cazuelas que se vienen abajo, de castañuelas, taconeado y tracatracatracatra...]

Aún le engañaron más todos éstos pillastres con demonios cómplices y sortilegios, pero ya no tengo espacio más, sólo diré que, aunque la tal Isidora volvió a Madrid donde aún anda pidiendo limosna, el tal sobrino y la hermosa criada Inés, sentaron plaza de soldado él, y de cortesana ella, puesta en paños mayores en Nápoles con los seis mil ducados de don Marcos.

¿Qué le ocurrió a don Marcos? Se preguntarán. Que murió finalmente a causa de este enredo. Y es por esto que me determiné a escribir la historia para que reconozcan a los miserables, el fin que tuvo don Marcos, y no hagan lo mismo escarmentados en cabeza ajena. [Suena música de castañuelas, taconeado y tracatracatracatra...]

